

mos. No apetecer ser lo que no es, y trabajar por ser perfectamente lo que es cada uno; es el fundamento de la humildad cristiana y el objeto de vuestra atencion. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. El pecado original del hombre es querer ser más de lo que es; y la Escritura nos enseña, que el primer hombre cayó de aquel bienaventurado estado de gracia en que Dios le habia criado, porque no se contentó con ser lo que era, y procuró ser lo que no era. Nada es más peligroso, ni más funesto para la eterna salud, que el apetito desordenado de querer ser más de lo que es cada uno. ¿Y qué razones dan para esto? Las razones, amados oyentes míos, son tan evidentes por sí mismas, que solo el proponerlas, os hará ver al instante toda su eficacia: porque, si se nos dice, que nada es más fatal para la salvacion que el deseo de su propia elevacion, es porque nada hay más difícil que engrandecerse en el mundo, y no olvidarse de Dios, ni de sí propio; porque, elevándose, se carga uno infinitas obligaciones de conciencia, con las cuales, ó nunca se cumple, ó se cumple muy imperfectamente; es porque, para estar en una elevada graduacion, son menester unas prendas y virtudes adquiridas, que muy raramente se poseen, y cuyo defecto entónces es culpable: y aún cuando se tuvieran estas virtudes, desde que se solicita un estado más alto, y con ansia se desea, se viene positivamente á ser indigno de él delante de Dios.

Engrandecerse, sin perder de vista á Dios, y sin perder el conocimiento de sí mismo, bien sabeis, hermanos míos, cuán difícil cosa es, y sabeis tambien, en qué imposibilidad de salvarse está un hombre, que no se acuerda de sí mismo, ni conoce á Dios. Esto es lo que hizo temblar á los santos, cuando se vieron colocados en los honores del mundo, aún por clara disposicion de la Providencia. Esto es lo que inspiraba á S. Bernardo unos sentimientos tan distantes de la política del siglo, cuando en lugar de felicitar á uno de sus discípulos, que acababa de ser colocado sobre la primera silla de la Iglesia, le manifestaba sus temores y su dolor. Pues si tanto peligro hay en ser grande, juzgad el que habrá en quererlo ser y desearlo con ansia; porque, ser grande, no es cosa mala en sí, ni culpable, ni reprehensible; pero, sí, el quererlo ser. Ser grande, es obra de Dios; pero quererlo ser, es efecto de nuestro orgullo. Pues si el ser grandes, aún por orden de Dios, es una ocasion tan peligrosa para olvidar á su Majestad, ¿qué será de aquella grandeza, que no tiene más fundamento que la ambicion y el desarreglo del hombre?

Añadid á esto, el peso de las obligaciones con que se carga un

cristiano delante de Dios, cuando procura un grado más alto, y quiere ser más de lo que era. Porque, en esta regla, la Providencia jamás ha dispensado, ni dispensará jamás. No hay grandeza alguna en el mundo, que no tenga sus obligaciones, y yo entiendo, que siempre son obligaciones de conciencia. En esta vida, son cosas inseparables la obligacion y el poder; la medida de lo que debemos, es siempre lo que somos y lo que podemos. Ser uno más de lo que era, es tener una obligacion más, que no tenia. Pues ¿á quién quedo obligado? Primeramente á Dios, y despues á los hombres. A los hombres, á quienes domino, y tienen derecho á esperar de mí, lo que ántes no hubieran podido pedirme; y á Dios, que es el protector de este derecho, y que nos juzgará segun hubiéremos cumplido con él, ó no. Luego, ser más de lo que yo era, es tener que dar una cuenta más á que no estaba obligado; es quedar responsable de mil cosas, que ántes no me obligaban; y es llevar un peso que no llevaba; y cualquiera que piense de otro modo, peca desde el principio, y encuentra en su propia grandeza el peligro de su salvacion. Despues de esto ¿nos admiraremos, de que los que sirven á Dios de veras, y están llenos de su espíritu, rehusen, con una humilde desconfianza de sí mismos, las elevadas dignidades cuya vista nos deslumbra?

Para engrandecerse en el mundo, es menester tener cualidades y virtudes proporcionadas á la graduacion á que se aspira, esto es, del orden natural; y de tal modo debe estar adornado de estas cualidades, que las tenga todas, sin exceptuar una sola, pues, es cierto, que el defecto de sola una, inhabilita á un hombre para ser lo que pretende, y, por consecuencia, puede tambien perderle delante de Dios, si llega á conseguir sus designios, de la misma manera que si estuviera despojado de todas. Ahora bien; entre los partidarios de la fortuna y ambicion, ¿quién es el que, estando para dar el primer paso para una empresa en que se trata de su adelantamiento, entra en cuentas consigo mismo, para calcular, si tiene todos los talentos necesarios para el fin que se propone; y cuál es el que, careciendo de ellos, quiera reconocerse y hacerse á sí mismo esta justicia: no, yo no tengo el mérito que se necesita para ocupar tal empleo? Y cuando hubiera bastante conocimiento é integridad para pronunciar contra sí mismo esta sentencia, ¿quién es el que reprime los pensamientos, y se contiene en los límites que le prescribe la vista de su indignidad? ¿No vemos que los más imperfectos y los más viciosos son los más eficaces en recurrir al favor y patrocinio?

Pero yo quiero, que tengais todo el mérito necesario para ser engrandecidos. No obstante, yo sostengo, que luego que buscais esta

elevacion, no la mereceis, y que se halla manifiesta contradiccion en desear con ansia algun honor, y hallarse adornado de todas las cualidades necesarias para poseerle y desempeñarle; y es la razon, porque una de estas cualidades es, que seais humildes, y, por consecuencia, que no lo soliciteis. Y esto es tan cierto, que, aún aquellos mismos que más trabajan para elevarse y entronizarse en el mundo, y que á fuerza de quererlo ser, llegan al fin á conseguirlo, quieren hacer creer, que ningun influjo han tenido, que nada han trabajado para su logro, y aún procuran persuadir, si pudieran, que han padecido violencia.

Sin embargo, este es el gran desórden de nuestro siglo. En él se quiere ser todo lo que se puede ser, y aún más de lo que se puede ser. Esto se les inspira á los niños desde la cuna, y en esto se les instruye desde la juventud. ¡Oh humildad de mi Dios, qué poco se os imita, aunque sois nuestro modelo! Esa humildad es la que hace toda nuestra perfeccion, y, sin embargo, nosotros queremos ser más de lo que somos, y no queremos ser lo que somos.

2. Es una verdad fundada sobre las leyes eternas de la Providencia, que todos los estados de la vida son capaces de una cierta perfeccion, y que, segun la diferencia de estados que dividen el mundo, hay en él perfecciones diferentes que adquirir. Cuando Dios crió todas las cosas, dice la Escritura, que hizo de ellas como una revista general, y que despues de haberlas contemplado muy bien, no hubo una á la cual no diese su aprobacion. Todas le parecieron, no solamente buenas, sino muy buenas; que es decir, perfectas, porque le pareció, que todas eran lo que debian ser, y que estaban conformes á la idea que en hacerlas habia tenido: *Viditque Deus cuncta quæ fecerat, et erant valde bona* (GEN. I, 31). No es, pues, creible, que los estados y condiciones de los hombres, que aún son con mayor nobleza las obras de Dios, hayan tenido en esto ménos ventaja, ó por mejor decir, ménos parte en su sabiduría y bondad. Dios, pues, les dió, igualmente que á todas las demás criaturas, el carácter de perfeccion que les era propio; y si estos estados nos parecen ahora defectuosos, desarreglados y corrompidos, como, con efecto, lo son, no es esto por lo que Dios ha puesto en ellos, sino por lo que nosotros les hemos añadido. Porque, si los consideramos en sí mismos, no hay alguno que no tenga su perfeccion en la idea de Dios, y que no deba tenerla en nosotros. Así digo, amados oyentes, y ved aquí la excelente máxima que Dios me ha inspirado proponeros para la conducta de vuestra vida, que toda la prudencia del hombre, aún en el asunto de su salvacion, se reduce á estas dos cosas principales: á

adelantar en la perfeccion del propio estado, y á evitar toda otra perfeccion que sea contraria á ella, ó que le impida su ejercicio.

Es menester adelantar en la perfeccion del propio estado; porque esto es lo que Dios quiere de nosotros, porque en esto solo consiste nuestra santidad, y porque á ello, por consecuencia, está unida nuestra predestinacion. ¿Podemos nosotros tener motivos más poderosos para persuadir nuestro espíritu y para mover nuestro corazon? Dios quiere esto de nosotros, y nada más. Si estuviéramos sujetos á sus órdenes, ¿no seria preciso pararse en esto? Cuando S. Pablo instruía á los primeros fieles de las obligaciones del cristianismo, una de las más grandes lecciones que les daba, era, la de examinar cuidadosamente, y procurar reconocer bien, y no á primera vista, lo que Dios queria; es decir, lo que era mejor y más agradable á sus ojos: *Ut probetis quæ sit voluntas Dei bona, et beneplacens, et perfecta* (ROM. XII, 2). Pero, por lo que á mí toca, y por lo que toca á la mayor parte de vosotros, me parece, que no tenemos que hacer, sobre este punto, largas investigaciones, porque, por más perfecta que sea la voluntad de Dios respecto de mí, estoy seguro de que ya la conozco, y que, sin que se me tenga por temerario, puedo vanagloriarme de que estoy ya instruido de sus designios, pues me es evidente, que Dios no me pide más que una cosa, y es, que yo sea lo que soy, y lo que yo mismo he querido ser. Verdad es tan constante, que aún cuando, por desgracia, hubiera yo abrazado un estado, sin ser á él llamado por Dios, desde el instante que estoy ligado por necesidad, y que ya no está en mi libertad salir de él, la voluntad de Dios es, que en él me perfeccione, y que en él repare el desórden de la eleccion ciega y poco cristiana que hice. Fuera de esto, aunque yo haga cuanto quiera, no es ello ya la voluntad de Dios.

Los más grandes santos no tuvieron otro secreto que este para llegar á tan eminente grado. Ellos no se santificaron por haber hecho cosas extraordinarias, que no se esperaban de ellos: llegaron á ser santos, porque hicieron perfectamente lo que tenian que hacer, y lo que Dios les prescribia en su estado. El mismo Jesucristo, que es el santo de los santos, no quiso seguir otra regla más que ésta. Aunque era superior á todos los estados, ciñó, si no su santidad, á lo ménos el ejercicio de ella á las obligaciones de su estado; y la calidad de Dios que en sí tenia, no le impidió acomodarse en todo al estado de hombre. Era hijo, y como tal quiso obedecer: era judío, y en nada faltó á la ley de los judíos; y porque esta ley prohibia enseñar ántes de la edad de treinta años, aún siendo, como era, enviado de Dios para predicar el reino de los cielos, se mantuvo hasta la

edad de treinta años sin darse á conocer, conteniendo todos los ardores de su celo, ántes que manifestarse de un modo que no fuese arreglado, ni conforme á su estado: siendo esta la única razon que nos dan los padres del largo retiro de este hombre Dios. Esta es la razon porque S. Pablo, exhortando los cristianos á la santidad, venia siempre á parar en esta máxima: *Unusquisque in qua vocatione vocatus est* (I Cor. vii, 20). Que cada uno de nosotros, hermanos míos, se santifique en el estado á que ha sido llamado por Dios. Esta es tambien la razon porque este gran maestro de la perfeccion cristiana, que habia sido instruido por el mismo Jesucristo, encargaba tan de veras á los de Corinto, que no afectasen el exceso de sabiduría, que se aparta de la verdadera sabiduría, y de que no fuesen sabios sino con sobriedad: *Non plus sapere, quam oportet sapere, sed sapere ad sobrietatem* (Rom. xii, 3). No era esto porque quisiese poner límites á la perfeccion y santidad de aquellos primeros fieles, pues estaba muy léjos de ello, sino porque temia, que aquellos primeros fieles no fuesen á buscar la santidad y perfeccion donde no existia, quiero decir, fuera de su estado, pues esto es propiamente lo que significa la intemperancia de sabiduría de que habla S. Pablo: intemperancia, digo, no en lo que es propio de nuestro estado, pues es cierto, que nunca podemos ser bastantemente perfectos en él, sino intemperancia en lo que es fuera del estado en que Dios nos ha puesto, porque, querer ser perfectos de este modo, es querer demasiado, y dejar de una vez el serlo.

¿Cuál es el medio, pues, de corregir en nosotros esta intemperancia? Vedlo aquí, incluído en tres palabras, con las que concluyo, y que contienen un fondo inagotable de moralidades. El medio es des-hacernos de ciertos falsos celos de perfeccion que nos preocupan y nos impiden tener la sólida y verdadera. Me explicaré. El medio es cortar de raiz el celo de una perfeccion quimérica é imaginaria, que no espera Dios de nosotros, y que nos aparta de la que Dios nos exige. Si yo fuera esto ó aquello, decimos, yo serviria á Dios con alegría, no pensaria más que en él, y me ocuparia seriamente en trabajar para mi salvacion. Este es un abuso, pues si fuéramos esto ó aquello, lo haríamos aún peor de lo que lo hacemos, porque no tendríamos las gracias que tenemos, y estas son las gracias que todo lo pueden, y que deben hacerlo todo en nosotros y con nosotros. Tambien conviene moderar el celo ansioso de la perfeccion de otros, que nos hace descuidar de la nuestra. Se quisiera reformar á toda la Iglesia, y no se reforma uno á sí mismo. Se habla como si todo el mundo estuviera perdido, y como si no hubiera en él algun otro

perfecto que nosotros. ¡Ah! amados oyentes míos, cuidemos nosotros de nosotros mismos, pues, un defecto que enmendemos en nosotros, nos será más útil y ventajoso, que excesos grandes corregidos en el prójimo.

Pero lo que, sobre todo, tenemos que arreglar y componer, es el falso celo, que nos hace tan atentos á nuestra propia perfeccion, segun el mundo, interin que abandonamos todo el cuidado de nuestra perfeccion segun Dios, como si el hombre de bondad y cristiano debiera ser distinguido entre nosotros, como si todas las cualidades que tenemos no debieran ser santificadas por el cristianismo, y como si no nos fuera mil veces más importante adelantarnos para con Dios y agradecerle, que no agrandar á los hombres. ¡Ah! amados oyentes, practiquemos la gran leccion de S. Pablo, que es hacernos perfectos en Jesucristo, supuesto que nunca lo seremos sino en él y por él. Un hombre perfecto es la obra grande de la religion, y no hay otra que pueda conducirnos á la felicidad perfecta y eternidad dichosa, que os deseo.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

<i>Custodi legem atque consilium; et erit vita animæ tuæ.</i> Prov. iii, 21.	Observa la ley y mis consejos; que ellos serán la vida de tu alma.
<i>Vir prudens dirigit gressus suos.</i> Idem xv, 21.	El hombre prudente mide sus pasos.
<i>Non defrauderis à die bono, et particula boni doni non te prætereat.</i> Idem xiv, 14.	No te prives de las ventajas de un buen día que Dios te concede; y del buen don ó bien que te dá el Señor no dejes perder ninguna parte.
<i>In omnibus deprecare altissimum, ut dirigat in veritate viam tuam.</i> Idem xxxvii, 19.	Sobre todo has de rogar al Altísimo, que enderece tus pasos por la senda de la verdad.
<i>Omnia honeste, et secundum ordinem fiant.</i> I Cor. xiv, 40.	Hágase todo con decoro y con orden.
<i>Unusquisque in qua vocatione vocatus est, in ea permaneat.</i> Idem vii, 20.	Manténgase cada uno en el estado que tenia cuando Dios le llamó.
<i>Redimentes tempus, quoniam dies mali sunt: propterea nolite fieri imprudentes, sed intelli-</i>	Recobrando en cierto modo el tiempo perdido, porque los días de nuestra vida son malos: por

gentes quæ sit voluntas Dei.
Ephes. v, 13.

Rogamus autem vos, fratres, ut abundetis magis, et operam detis ut quietis sitis, et ut vestrum negotium agatis. I Thessal. iv, 10, 11.

tanto, no seais indiscretos é *inconsiderados*; sino atentos sobre cuál es la voluntad de Dios.

Pero os rogamos, hermanos *mios*, que adelanteis más y más en este amor, y procureis vivir quietos, y atender á lo que tengais que hacer.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

In omni actu vite id cavere debemus, ne rationem nimius animi motus excludat, sed teneamus consilii locum. S. Ambros. lib. S. Offic. cap. 22.

Omnia quanto magis ordinata sunt, tanto magis utique bona sunt. S. Aug. in oper.

Non ordo rectus, aut ordo appellandus est omnino, ubi deterioribus meliora subjiuntur. Idem, lib. 1 de liber arbitr. cap. 8.

Male se rectum putat, qui regulam summæ rectitudinis ignorat. S. Gregor. lib. 3 Moral. in Job 27.

Impar quisque invenitur ad singula, dum confusa mente dividitur in multa. Idem, 1 Pastor. cap. 4.

Unam nobis regulam aligamus, per quam Deo grati, acceptique esse possimus. S. Ephrem, de vi Regul.

Pax domus, ordinata imperandi atque obediendi concordia cohabitantium. S. Bernard. in 16 parv. Serm.

En todos los actos de nuestra vida debemos guardarnos de que la precipitacion se sobreponga á la razon; sino que debemos obrar con madurez y detenimiento.

Todas las cosas son tanto mejores, cuanto mayor es el orden con que se hacen.

El preferir los actos ménos buenos á los mejores no es el proceder recto, y ni aún es orden.

Mal piensa ser recto el que ignora las reglas de la rectitud celestial.

Es ménos apto el hombre para cada una de las cosas, cuanto más metido está en muchos negocios.

Escojamos una buena regla de vida, con la cual podamos ser agradables y aceptos á Dios.

La paz de una familia consiste en una ordenada armonía de sus individuos, en mandar unos y obedecer otros.

Si in humanis, et corporalibus rebus ordo expedit ut servetur, ne confusione deficiant, quanto magis in spiritualibus habendus est? S. Laur. Justin. de discip. et perf.

Si en las cosas humanas y temporales debe conservarse el orden para que no perezcan, ¡cuánto más necesario es este orden en las cosas espirituales!

ESTADO EN CULPA

Y ESTADO EN GRACIA.

Usquequo parvuli diligitis infantiam, et stulticia, quæ sibi sunt noxia, cupient?

¿Hasta cuándo, á manera de párvulos, habeis de amar las niñerías? ¿Hasta cuándo, necios apeteceis las cosas que os son nocivas?

(PROV. I, 22.)

Entre todos los intereses del hombre, el de la salvacion es el que más le importa; y, por consiguiente, entre todos los cuidados de la vida del hombre, el primero de todos y aún el único, debe ser el de la salvacion. Este cuidado, digo, ha de ser el de juntar riquezas para aquella morada celestial, á la cual somos llamados, y debe ser el término de nuestra carrera; el de trabajar y obrar por este fin, el de dirigir á él todos nuestros pensamientos, nuestros deseos y nuestras acciones; y en fin, el de hacer mayor cada dia el caudal de aquel tesoro de gloria que nos está prometido, aumentando cada dia el caudal de nuestros merecimientos. Este es el punto más alto de la cristiana sabiduría; y si nos amamos sólidamente á nosotros mismos, esta es la cosa más preciosa que han de apeteer nuestras ansias, y el bien durable y permanente á que debemos aspirar; á ser ricos para el cielo: importa poco serlo para el mundo, pues las riquezas del mundo son caducas; y aunque seais ricos para el mundo, si no lo sois para el cielo, en medio de esa opulencia soberbia que ostentais á los ojos de los hombres, sois pobres en los de Dios; siendo más lastimosa vuestra miseria, cuanto más habeis de sentir por toda la eternidad sus efectos. Si hay, pues, algun estado, en el cual nada nos aproveche para la eternidad

bienaventurada, ó, al contrario, algun estado en que nada de cuanto hiciéremos se nos pierda, por ahí debemos hacer juicio de uno y otro; y esta es la principal regla de que me valgo para daros á conocer la infidelidad de un alma en el estado de la culpa, y la inestimable excelencia del justo en el estado de la gracia santificante. En efecto, en el estado de la culpa, el hombre, ni está en Dios, ni con Dios, porque el pecado le separa de su Majestad; pero el justo, en el estado de la gracia, está con Dios y en Dios, porque es propio de la gracia santificante tenerle unido estrechamente con Dios. Pues, si el pecador está separado de Dios, consiguientemente no obra con Dios, y por el mismo caso, nada de cuanto hace puede agradarle. Y pues el justo está unido con Dios, por el mismo caso obra con su Majestad, y, por consecuencia infalible, le agrada todo lo que hace. De aquí saco dos proposiciones, que dividirán este discurso. El estado de la culpa es sumamente infeliz: porque por más que haga el pecador en este estado, destruye la culpa todo el merecimiento en los ojos divinos. El estado de la gracia es sumamente feliz; porque por poco que haga el justo, la gracia realza en los ojos de Dios el merecimiento. Estos dos pensamientos debo explicar para vuestra enseñanza. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Para aclarar la primera proposición que he propuesto, es menester, en primer lugar, explicar el sentido en que la tomo, y hacer que la comprendais. Cuando digo, que el pecado destruye el valor y merecimiento de todas nuestras buenas obras, no digo que se convierten en malas y culpables en el estado de la culpa y del pecado: fuera ese un error muy craso; sino, que no son meritorias en orden al cielo; que ningun premio las ha prometido Dios en orden á la gloria; que jamás hará caso de ellas para premiarlas en la eternidad; y que por el mismo caso de no estar selladas con el sello de la gracia santificante, no nos dan derecho alguno para la herencia de los hijos de Dios, y para la corona de justicia que Dios, como remunerador supremo, tiene reservada para sus escogidos. Lo más lamentable del caso es, que nunca recobran este merecimiento, que una vez han perdido: y aún cuando volvemos á entrar en el camino de la salvación, se quedan estériles y sin fruto: tanto, que aunque seamos del número de los predestinados, nunca nos dará Dios grado alguno de bienaventuranza en premio de esas obras, por más santas que hayan sido: ántes siempre quedarán olvidadas y desechadas, porque no incluyen en sí aquel principio de vida, que las habia de animar y hacer meritorias.

Hermanos míos, decia S. Pablo, escribiendo á los Corintios, por más que haga y me inspire mi celo, si no estoy en gracia de Dios, no poseo su caridad; trabajo sin fruto. Aunque hablara el lenguaje de los ángeles; aunque hubiera repartido á los pobres toda mi hacienda; aunque hubiera entregado mi cuerpo á las llamas; aunque hubiera padecido todos los tormentos; aunque hiciera milagros, y tuviera fé para traspasar de una parte á otra los montes, sin la gracia y la caridad, que está inseparablemente unida con ella, nada soy, y de nada me sirve cuanto hago. Así hablaba ese hombre apostólico. De donde sacaba S. Juan Crisóstomo la consecuencia, que nosotros debemos inferir con él, y es, el grande horror que tiene Dios al pecado, pues uno solo basta para que no tengan mérito en sus ojos, y para destruir todo el valor de las obras mayores y más heróicas que podemos hacer. Porque Dios, cuya naturaleza es la bondad misma, y cuyas inclinaciones todas son de hacernos bien; Dios, que segun la doctrina de los teólogos, tiene complacencia en premiar más de lo que merecemos, y al contrario, nunca dá todo el castigo que merece al pecado, no reprobára las buenas obras del pecador, si tuvieran la menor proporción con aquella gloria que ha de ser la recompensa de nuestros merecimientos: luego necesariamente son muy indignas, pues Dios positivamente las excluye; y necesariamente son muy poderosas las razones que le obligan á ejecutar tan rigurosa justicia.

¿Y qué razones son estas? Pido para ellas vuestra atención. Primera razon, tomada del estado ó disposición habitual del pecador. ¿Qué quiere decir estado de culpa? El estado de la culpa es propiamente un estado de muerte. Por eso el pecado se llama mortal, porque hace que mueran en nosotros, por decirlo así, todos los principios de la vida: *Spiritus est qui vivificat* (JOAN. VI, 64), decia el Salvador del mundo: El Espíritu de Dios es el que vivifica, y el que á todos, como á justos é hijos de Dios, nos comunica una vida sobrenatural. ¿Qué hace el pecado? Ahoga este espíritu, ó por mejor decir, le destierra de nosotros; y con esta separación reduce nuestra alma á una especie de muerte, más terrible que la misma muerte natural, que nos causa tanto horror. Pues esto es lo que, en primer lugar, destruye todas las buenas obras del pecador; porque, en un estado de muerte, ¿cómo puede hacer obras de vida? Y no pudiendo ejecutar acciones de vida, ¿cómo puede merecer la vida más excelente y perfecta, que es la vida de la gloria? Todas nuestras buenas obras, mientras Dios está en nosotros y nosotros en él por la gracia, son obras vivas que tienen proporción con aquella vida inmortal y bienaventurada que aguardamos. Mas, en el estado de la culpa, estamos, por

decirlo así, fuera de Dios; y como Dios es la vida de nuestra alma, separada de Dios, no puede ejecutar sino obras de muerte. Y como es imposible que unas acciones muertas puedan jamás conducirnos á la vida, siendo el premio eterno que Dios nos ha preparado la vida soberana y primera, se sigue de ahí, que no puede haber proporcion entre este premio y las obras del pecador, por santas que sean.

Segunda razon, fundada en la naturaleza del merecimiento, y me parece aún más eficaz que la primera. ¿De dónde pensais que procede el merecimiento de nuestras buenas obras? aquel merecimiento sobrenatural, que las hace dignas de la gloria y de la herencia del cielo? ¿Es de la misma naturaleza de nuestras obras? Fuera error intolerable el presumirlo. No, hermanos míos, decía S. Pablo; no hemos de establecer sobre este fundamento nuestra esperanza: por más santidad que tengan, si se toman en sí mismas, no tienen calidad alguna que las eleve á este grado de excelencia. Si merecen el reino de Dios, es porque están consagradas y como divinizadas por Jesucristo, que es (no ménos que nosotros) principio de donde nacen; y por la estrecha union que tiene con nosotros, las hace propias suyas, y las dá una feliz fecundidad. De eso depende todo el merecimiento de los justos. Pues para esto es necesario que estemos unidos con Jesucristo por la caridad; y para usar de la misma comparacion de Jesucristo, es necesario que estemos unidos con su Majestad, como los sarmientos con la vid. Y como los vástagos de la vid, separados de su cepa, ni llevan fruto, ni son capaces de llevarle, así nosotros, no produciremos jamás fruto de gracia y gloria, si no estamos ingertos en Jesucristo. Miétras dura esta union, todas nuestras obras sacan de Jesucristo una virtud particular, como los sarmientos participan de la cepa, á que están unidos, el jugo de que se alimentan. Mas, quitada esta comunicacion, nos quedaremos como unos sarmientos inútiles. Pues, en el estado de la culpa mortal os aparta Jesucristo de sí: y en tal caso, ni con todos vuestros desvelos, ni con vuestras oraciones, ni con vuestros más profundos abatimientos, conseguireis el menor grado de gloria; porque, en ese estado, os hallais como una rama cortada y seca.

Pero ¿habeis de sacar de aquí, que en el estado de la culpa, no ha de haber cuidado de obrar y vivir bien? Ese es el pretexto de los licenciosos y uno de los estorbos más ordinarios que tienen los pecadores para hacer penitencia. ¡Ah! hermanos míos, si estais en pecado, os debeis ejercitar en buenas obras, para mover á Dios á que os dé gracia para convertirlos, y disponeros á corresponder con vuestra conversion á esta gracia. Porque es de fé, que sin los ejercicios de la

penitencia cristiana, ni dispondreis á Dios para que os vuelva á su amistad, ni os dispondreis á vos mismo para volver á estar en gracia con Dios. Además de las obras de obligacion, que nunca podeis dejar, aunque esteis en pecado, sin cometer otra culpa nueva, ¿no es razon que trateis con obras de supererogacion de mover la misericordia de Dios y aplacar su justicia? Pero decís, que lo bueno que haceis, en tal estado, es inútil: confieso que es inútil en un sentido; pero en otro, es sumamente provechoso: inútil, porque no basta para haceros dignos de la gloria: sumamente provechoso, porque os dispondrá para poder merecerla: inútil, porque Dios no lo premiará jamás; y sumamente necesario, porque le obligará á Dios á que disponga que volvais al camino que habeis perdido, y os restituyais al de la salvacion. La consecuencia que habeis de sacar, es; romper vuestros lazos, y salir, cuanto ántes, de vuestra culpa, para empezar á gozar del privilegio del estado de la gracia, que hace, que sean santas nuestras obras, aún las más pequeñas, y las hace preciosas en los ojos de Dios, como os voy á mostrar.

2. Hay en Dios, dice el Profeta rey, una especie de competencia entre su misericordia y su justicia: de tal suerte, que se contrapesan la una con la otra; la una templa á la otra; la una se ha de medir por la otra; y una y otra, en fin, aunque por rumbos contrarios, concurren concordés á la salvacion del hombre. En virtud de su justicia, quiere Dios, que las obras más santas del pecador carezcan de merecimiento y sean infructuosas; pero, en virtud de su misericordia, abriendo su seno, y repartiendo sus dones sin medida, quiere también, que las acciones más pequeñas del justo sean premiadas con una eternidad de gloria. Dios, para resarcirles á los hombres las pérdidas que habian de hacer en el estado de la culpa, quiso, que pudiesen adquirir en el estado de la gracia, con los más fáciles medios, un caudal inmenso de riquezas: *Thesaurizate vobis thesauros in celo* (MATT. VI, 20). Acaudalad un tesoro para el cielo: ¿y de qué hemos de componer, Señor, este tesoro? De mil cosas que teneis entre las manos, y que, bien manejadas, bastan para enriqueceros delante de Dios: de ciertos trabajos que padeceis, de ciertas mortificaciones que experimentais, de ciertos empleos que teneis, de ciertas obligaciones que satisfacedis, y aún de las más comunes acciones en que os ejercitais. Todo esto os parece de poco valor; pero si estais en gracia de Dios, todo será de precio inestimable, porque la caridad lo realza. No imagineis que solamente las cosas grandes hacen grandes santos; me engaño; Dios, que todo lo hizo de nada, y en el orden de la gracia es más poderoso aún que en el de la naturaleza, de nuestras

más pequeñas acciones sabe sacar nuestros mayores merecimientos.

No quiso el Hijo de Dios, que solamente dependiese la salvacion de las acciones heróicas. No nos dice solamente: conseguireis mi gloria dejando el mundo, despojándoos de vuestros bienes y padeciendo el martirio. Tampoco se ciñe únicamente á los preceptos de la ley, cuya ejecucion es más difícil y la perfeccion más realzada, al sacrificio de un sentimiento, al olvido de una injuria y al amor del enemigo. ¿Qué hace, pues? Toma de toda las acciones cristianas las más fáciles, y por un vaso de agua, que se dá en su nombre, nos promete su reino. ¡Ah! hermanos míos, ¿dónde está nuestro celo? ¿Dónde está nuestra fé, si estos motivos no nos hacen fuerza? ¿Qué es de lo que nos damos por entendidos, si estas razones no tienen fuerza para movernos? ¿Dónde está nuestra prudencia, si no trabajamos como hombres persuadidos á que estas obras, aunque se hacen de paso, no se pasan, y aunque hechas en tiempo, no por eso dejan de ser semilla preciosa de la eternidad? Si el labrador no tuviera cuidado con su grano, con el pretexto de que es poca cosa; si le desperdiciara en lugar de sembrarle en la tierra, ¿no se le tratara como á un insensato? Es verdad, diriais, al parecer es poca cosa este grano; pero aunque ahora es tan pequeño, contiene en sí toda la esperanza de lo porvenir; y cuando lo dejais perder, no abandonais ménos que una abundante cosecha que podiais esperar.

Pues tomemos nosotros esta misma leccion; y ved aquí, amados oyentes míos, la idea verdadera de la vida floja y perezosa de tantos justos. Preservándolos Dios con una proteccion muy particular de caer en culpas graves, no dependiera sino de ellos el que todas sus obras fuesen otras tantas prendas de una gloriosa inmortalidad. Así nos lo enseñó el Apóstol, cuando decia á los Corintios: Ora ayuneis, ó que os deis á la oracion; ora comais, ora bebais: *Sive manducatis, sive bibitis* (I Cor. x, 31): hacedlo todo á gloria de Dios: *Omnia in gloriam Dei facite*: y la gloria que solicitareis para Dios, servirá para la vuestra, y os dará un derecho legítimo para la corona de justicia, que os está reservada. En estas acciones, consideradas en sí mismas, no hay cosa que no sea natural, bien lo sé: pero la gracia, que es un vástago sagrado y una levadura de bendicion, que se comunicará á toda la masa de vuestras acciones, las subirá de precio, y las elevará á un órden superior.

Hermanos míos, haced todas las cosas en gracia de Dios, y por Dios; de esta suerte vuestros días serán días llenos, porque santificándolos la gracia, los llenará. Por el contrario, serian hueros si no las hicieseis en gracia de Dios, porque el pecado todo lo arruina, y

no hay bien de que no despoje. ¡Dios mio! penetrad á mis oyentes con un temor provechoso de la culpa. Inspiradles un alto aprecio de vuestra gracia. Sírvales éste discurso para despertar todo su fervor; para darles una codicia santa de aumentar unas buenas obras sobre otras, y merecimientos sobre merecimientos. Estas son las riquezas que solamente podemos llevar con nosotros, y las que hallaremos en aquella eternidad, que os deseo.

Véase: GRACIA;—PECADO MORTAL.

EXCOMUNION.

Si ecclesiam non audierit, sit tibi sicut ethnicus et publicanus.

Si ni á la Iglesia oyere, tente como por gentil y publicano.

(MATTH. XVIII, 17.)

No hay sociedad alguna posible sin leyes; y éstas no tendrían fuerza alguna, si los que las infringen, no incurriesen en alguna pena. La pena más sencilla que puede imponer una sociedad á sus individuos culpables, es privarles de los bienes que la misma sociedad proporciona á sus hijos dóciles y obedientes. Estas ideas, dictadas por el buen juicio, bastarian, por sí solas, para que presumiésemos, que Jesucristo, al establecer su Iglesia, le dió el poder de arrojar de sí á los que se negasen á obedecer sus leyes. La Santa Escritura no deja ninguna duda sobre este punto. En el cap. xix de S. Mateo, el Salvador dice á sus apóstoles: «Vosotros os sentareis en doce sillas para juzgar á las doce tribus de Israel.» En el sentido comun, con que interpretamos la sagrada Escritura, el poder de juzgar trae consigo el de dictar leyes: el título de *juez* es sinónimo de *legislador*; y la autoridad de este último seria nula, si no pudiese imponer algun castigo. Cuando prescribe el modo de corregir á los pecadores, manda usar, al principio, de reprensiones secretas; despues, de correccion pública; y, por último, de excomunion. «Si vuestro hermano, dice, pecare, reprendedle en secreto: si no os escucha, decidlo á la Iglesia; pero si ni á la misma Iglesia escucha, miradle como un gentil y un